

LA CUESTIÓN DEL NEGRO EN TRES MOMENTOS DEL NACIONALISMO LITERARIO CUBANO

Antonio Benítez Rojo



Este texto, más que una ponencia, es una propuesta de investigación cuyo objeto sería examinar la tendencia binaria y cíclicamente violenta que a vuelo de pájaro observo en el discurso nacional de Cuba, sobre todo en lo que toca al azúcar y al negro. Aquí, no obstante, sólo veremos velozmente el período de organización de este discurso y tres momentos de su despliegue, según éste se manifiesta en el tratamiento literario del negro.

En su momento de organización, que sitúo entre 1792 y 1812, el discurso nacional nace escindido claramente en dos ramales, poder y resistencia, en torno a la cuestión del azúcar y de la esclavitud, es decir, en torno a la plantación.¹ El discurso de poder se forma sobre la base de un programa criollo respaldado por la Corona española — cuyo texto principal es el *Discurso sobre la agricultura de La Habana* (1792) de Francisco de Arango y Parreño— que contempla como metas el desarrollo a ultranza de la manufactura azucarera, la libre

¹ Ver Antonio Benítez Rojo, "Azúcar/Poder/Literatura". *Los negros en América*, ed. Pedro Laín Entralgo, Luis Rosales, José Antonio Maravall, *Cuadernos Hispanoamericanos* 451-52 (enero-febrero 1988), pp. 195-215.

importación de esclavos, la creación de una trata controlada localmente, la hegemonía de La Habana y la implantación de ciertas ideas moderadas de la Ilustración. Los detalles de tal proyecto nacional han sido examinados en numerosísimas obras, y aquí debe bastar esta somera enumeración. Simultáneamente, se organiza un discurso nacional de resistencia al poder azucarero-esclavista, el cual también ha sido analizado, cuyos textos protestan la hegemonía de La Habana, los privilegios que disfruta el azúcar, la trata de esclavos y la negación de derechos al negro libre; hacia el final del período, la parte más radical de este discurso aspira a lograr la independencia por vía de una rebelión general de esclavos al modo de Haití. Cierro este momento fundacional con la violencia desatada contra los conspiradores negros: los milicianos de la Conspiración de Román de la Luz fueron castigados con 200 azotes públicos —cien por las calles de La Habana y cien en la picota— y diez años de prisión forzada, y los participantes en la Conspiración de Aponte fueron torturados y ahorcados; la cabeza de Aponte, como se sabe, fue exhibida públicamente en una jaula a guisa de escarmiento.

Como se ve, desde el mismo momento de su emergencia lo Cubano aparece antagonizado en lo político, en lo económico y en lo social en torno al modelo de la plantación esclavista. De un lado el poder azucarero, que aspiraba a la continuidad del ingenio, la esclavitud, la represión racial y la alianza de la emergente burguesía criolla con los intereses españoles; del otro, el deseo de los subyugados, en primer lugar los esclavos, el cual suponía la liberación por la violencia, desde la revuelta espontánea hasta la rebelión organizada que pusiera término a la esclavitud y diera al negro acceso al poder. Así, en mi opinión, este momento formativo terminó de la única manera que podía terminar en las condiciones de la Cuba de entonces: con la Conspiración de Aponte y con la cruel represalia que, al sentirse amenazado, urdió el poder azucarero-esclavista.

En el siguiente momento, que ubico entre 1813 y 1844, la masa de textos que se escriben sobre la plantación esclavista es descomunal. Entre sus varios archivos se encuentra el del azúcar, con información técnica, comercial, administrativa y jurídica sobre el ingenio y la caña de azúcar, y que en general refleja el proceso de construcción de la nación azucarera. Pero el archivo que más nos interesa aquí es el que se refiere al *negro*, con protocolos específicos sobre la esclavitud, la

trata, el cimarronaje, las rebeliones, el negro libre, etc., y que abarcaría textos relacionados con los tratados de 1817 y 1835 entre Inglaterra y España, la Comisión Mixta y las introducciones ilegales, los proyectos abolicionistas de la trata y/o la esclavitud (en particular, las gestiones de Félix Varela, José María Heredia, José Antonio Saco, Richard Madden, Domingo del Monte y su círculo, David Turnbull, etc.); también textos sobre cimarrones y rebeliones, en primer término el bárbaro terror blanco desatado durante la Conspiración de la Escalera (1844).

En el período también surgen distintos discursos nacionales de orden disciplinario, entre ellos los de las artes y las letras nacionales. Aquí se hace notar el círculo intelectual de Domingo Delmonte, cuyas ideas reformistas incluyen la supresión de la trata —ya clandestina según el tratado de 1817— y la inclusión del negro dentro de la Nación cubana. Sobre esto se ha escrito bastante, pero no nos queda otro remedio que recordar una vez más la escalada que se produce con los destierros de Varela, Heredia y Saco, con la clausura de la *Revista Bimestre Cubana* y la Academia Cubana de Literatura, con las actividades abolicionistas de Madden y de Turnbull, con las rebeliones de esclavos en Matanzas y Cárdenas, y finalmente con los sangrientos eventos de la Escalera, donde numerosos esclavos, gente libre de color y criollos reformistas son ejecutados, torturados, encarcelados, extrañados o procesados, al sentirse amenazado el sistema de la plantación.²

Ampliando algo la cuestión literaria, habría que recordar que las letras nacionales, iniciadas por Heredia, se desarrollan mayormente en el círculo de Delmonte, siendo la excepción más notable la novela *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda. En la mayoría de ellas —hablo sobre todo de las obras de Juan Francisco Manzano, Cirilo Villaverde, Félix Tanco, Ramón de Palma, Anselmo Suárez, José Morillas, José María de Cárdenas y la Avellaneda— se critica el *statu quo* de la sociedad de plantación, bien censurando las costumbres de la clase plantadora (Palma, Cárdenas), o mirando con simpatía al negro esclavo o libre (Villaverde), o criticando abiertamente la

² Ver Robert L. Paquette, *Sugar Is Made with Blood: The Conspiracy of La Escalera and the Conflict between Empires over Slavery in Cuba*. Meddletown, CT: Wesleyan University Press, 1988.

esclavitud (Manzano, Tanco, Suárez, Morillas, Avellaneda).³ Tal vez lo más importante de las obras producidas por estos autores es que el negro, cualquiera que sea su condición, aparece en mayor o menor grado incluido dentro de la nacionalidad. Ciertamente, aparece como un súbdito de segunda clase y dentro de un discurso racista, pero aparece como cubano, y esto probará ser crucial: dado el carácter fundador de estas obras, en lo adelante la literatura cubana hablará de la problemática sociocultural que configura la coexistencia del negro y del blanco, en una sociedad dominada por el poder azucarero y la violencia racista, como la de mayor magnitud dentro de la nación.

El segundo momento que examinaré ocurre entre 1880 y 1898, que comienza en medio de la devastación dejada por la Guerra de los Diez Años y la Guerra Chiquita, y termina con la superposición de la Guerra de Independencia y la Guerra Hispanoamericana y su secuela: la ocupación militar de la isla por los Estados Unidos. No hay espacio aquí para hablar de esta guerra, ni de las extremas medidas de tierra arrasada que tomaron tanto las tropas revolucionarias como las españolas, ni de la posible viabilidad política del autonomismo, ni de la oportunista intervención norteamericana. Sólo me interesa comentar brevemente lo que ocurrió con relación a la población negra, ya libre de la esclavitud en la década de 1880, aunque aún sujeta al cañaveral y a la más desesperante pobreza y marginalidad social.⁴ En primer lugar, habría que señalar el importantísimo rol desempeñado por los negros y mulatos en la guerra, el cual ya había empezado a tomar gran relieve durante la Guerra Chiquita (1879-80).⁵ Basta decir que cerca de la mitad de los mandos militares y políticos, y una evidente mayoría entre el total de combatientes, eran negros o mulatos que combatían movidos por la esperanza de fundar

³ Ver William Luis, *Literary Bondage: Slavery in Cuban Narrative*. Austin: University of Texas Press, 1990.

⁴ Ver Rebecca Scott, *Slave Emancipation in Cuba: The Transition to Free Labor, 1860-1899*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1985. [Hay traducción española: *La emancipación de los esclavos en Cuba*. Traducción de Eduardo L. Suárez. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.]

⁵ Ver Ada Ferrer, "Social Aspects of Cuban Nationalism: Race, Slavery, and the Guerra Chiquita, 1879-1880", ed. Louis A. Pérez, Jr., *Cuban Studies* 21 (1991).

una nueva nación donde tendrían un lugar digno.⁶ En segundo lugar, habría que recordar que nada de esto último ocurrió. Desde el mismo momento de la intervención norteamericana y de la firma de la paz, ya se hizo evidente que los españoles residentes en la isla, enemigos hasta unas semanas atrás, iban a ser los mayores beneficiarios del período postbélico mientras que la población de color, incluyendo a los veteranos, continuaría siendo marginada tanto política como socialmente.⁷ En resumen, la emergente Nación cubana seguiría dividida entre blancos y negros del mismo modo injusto que antes.

En lo que toca al tratamiento literario de la gente de color, sólo me referiré a una novela, tal vez la más importante de la literatura cubana: *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde.⁸ Reparo sobre todo en su carácter profético, pues si bien la acción principal ocurre al final del gobierno de Vives, hay un capítulo anacrónico que refiere su discurso narrativo al futuro. Hablo del capítulo XVII de la segunda parte, donde se reúnen en una fiesta varios miembros de la pequeña burguesía de color que empezaba a formarse al margen de la plantación, entre ellos el músico y maestro de baile Brindis de Salas, los poetas Manzano y Plácido, el compositor Vuelta y Flores, el carpintero Vargas, el barbero Dodge, el sastre Uribe. Varios de estos hombres habrían de morir en los sucesos de la Escalera en 1844, observación que hace Villaverde desde su voz de narrador omnisciente, rompiendo así el marco temporal de la acción de la novela, que concluye en 1832. Si a esta marca en el texto agregamos el mensaje más obvio de la obra, esto es, el racismo hace imposible la reconciliación de lo Cubano, se comprende mejor el carácter profético que Villaverde quiso dar a su *Cecilia Valdés*. Más aún, pienso que Villaverde, además de referirse a la cuestión racial, lo hizo también a la cuestión cultural. Y esto no sólo porque las diferentes costumbres de blancos, negros y mulatos son detalladas en la obra, sino sobre todo porque el subtítulo de la novela es *La Loma del Ángel*, y el territorio de Cecilia es el barrio del Ángel, y la muerte de Leonardo ocurre en la iglesia del Ángel. Esto no puede ser una coincidencia, como tampoco la es que

⁶ Ver Louis A. Pérez, Jr., *Cuba: between Reform and Revolution*. New York, Oxford: Oxford University Press, 1988.

⁷ Ver Aline Helg, "Afro-Cuban Protest: The Partido Independiente de Color, 1908-1912", en *Cuban Studies* 21 (1991).

⁸ Cirilo Villaverde, *Cecilia Valdés*. New York: El Espejo, 1882.

Villaverde haya dado sus iniciales y fecha de nacimiento a su Cecilia Valdés, ni que un esclavo de la novela se llame Aponte. Entonces, ¿qué importancia tiene la Loma del Ángel, coronada por la Iglesia del Ángel, dentro de los códigos de Villaverde? Según documentos transcritos por Leví Marrero, se establece que:

[La] disposición de los esclavos a establecer sus propios vínculos sociales, al margen de su régimen de servidumbre, los condujo a fomentar en los años finales del siglo [XVII] un área de reunión "en el paraje de la Peña Pobre, barrio de Cayaguayo, que está dentro de las murallas [donde] muy frecuentemente asistían muchos negros y negras esclavos de los vecinos [...] así de día como de noche y [...] para este efecto tenían *buxios* de paja [...] de poca estimación [...] Desta junta y congregación resultaban muchas ofensas a Dios". Durante la visita del obispo Compostela "algunas personas celosas y temerosas de su conciencia" denunciaron las reuniones "de aquella gente baja y recién convertida". El gobernador ordenó se demolieran los bohíos, conservando "el que pareció más apropósito y decente" en el que el obispo ordenó "se levantase un altar en el cual se colocase la imagen del Santo Ángel Custodio", donde se celebraría misa diariamente. Con ello "se logró desterrar la congregación y junta [...] de negros y negras y tan innumerables culpas y pecados que acarreaban". El nuevo centro religioso acogió pronto a todos los vecinos de Cayaguayo [...] Así nació la Iglesia del Ángel.⁹

Por otras informaciones sabemos que los tales bohíos eran cabildos de negros minas y carabalíes, donde éstos elegían sus "reyes" y celebraban sus fiestas y rituales.¹⁰ De modo que la cuchillada con que Pimienta mata en la Iglesia del Ángel a su rival blanco, Leonardo Gamboa, cobra dentro de este contexto un significado que va más allá del rencor y los celos; ciertamente, el de una venganza que tiene mucho de voto sagrado, de signo cultural. Si bien la novela fue publicada en 1882, Villaverde nos anticipa que la sangre que se ha de derramar por la libertad de Cuba no reunirá democráticamente a blancos y a negros, y que la nación continuará dominada por el azúcar y el blanco.

Téngase presente que el momento que sigue a continuación, que no comentaré, concluye en 1912 con la llamada Guerra de las Razas,

⁹ Leví Marrero, *Cuba: economía y sociedad*, t. V. Madrid: Playor, 1976, pp. 39-40.

¹⁰ Leví Marrero, *op. cit.*, t. VIII, p. 160.

cuyo saldo es, de un lado, varios centenares de negros masacrados por la aspiración a organizarse políticamente, y del otro, la continuidad del poder azucarero y racista.¹¹ Tal continuidad, como es sabido, se mantuvo constante tanto en el período que precedió a la llamada Revolución del 30 como en el que le siguió.¹²

El tercer momento que tomo es el período de 1959 en adelante, que se inicia luego de la guerra victoriosa contra la dictadura de Batista y que, en caso de seguir el patrón que hemos visto, correría el peligro de terminar en un suceso de violencia racial. Considerando que la Revolución Cubana es un fenómeno del dominio público, me limitaré a opinar lo siguiente: millones de negros y mulatos, más que nada por ocupar el escalón más bajo de la estructura social, mejoraron a corto y mediano plazo sus condiciones laborales, sociales y educacionales al precio de no agruparse públicamente como negros, de no exhibir públicamente sus creencias, y de no aspirar seriamente al poder político, debiéndose contentar con una débil representación en el Comité Central del Partido, en el Consejo de Estado, en el Buró Político, etc.¹³ Esto, a pesar de su masiva participación en las tropas expedicionarias que fueron al Congo, Guinea Bissau, Etiopía, Granada, y Angola. En lo que se refiere a la literatura, hay obras que, por apoyar la política oficial hacia el negro, son celebradas por el aparato cultural del Estado. Entre ellas, figuran las novelas *La última mujer y el próximo combate* (1970) y *Cuando la sangre se parece al fuego* (1977), ambas de Manuel Cofiño López, un escritor blanco, que inscribe la santería en la contrarrevolución y narra con gran entusiasmo la conversión al comunismo de un negro abakuá.¹⁴ También hay obras de autores negros que exaltan los valores culturales del negro

¹¹ Ver Louis A. Pérez, Jr., "Politics, Peasants, and People of Color: The 1912 'Race War' in Cuba Reconsidered", *Hispanic American Historical Review* 66 (1986).

¹² Ver Tomás Fernández Robaina, *El negro en Cuba, 1902-1958. Apuntes para la historia de la lucha contra la discriminación racial en la neocolonia*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales de La Habana, 1990.

¹³ Ver Carlos Moore, "Congo o Caraball? Race Relations in Socialist Cuba", *Caribbean Review* 15, 2 (1986), pp. 12-15, y 43.

¹⁴ Manuel Cofiño López, *La última mujer y el próximo combate*. La Habana: Casa de las Américas, 1970; *Cuando la sangre se parece al fuego*. La Habana: Arte y Literatura, 1977.

cubano, entre ellas la olvidada novela *Adire y el tiempo roto* (1967) de Manuel Granados, recogida después de su publicación.¹⁵

Ahora bien, al irrumpir en los años noventa el período de crisis general, resulta que cualquier beneficio que el negro hubiera recibido en las décadas anteriores, lo está perdiendo rápidamente. Es cierto que, después de más de dos décadas de represión oficial, las creencias afrocubanas son ya toleradas, siempre y cuando no vayan contra los intereses del régimen. Pero la situación actual del negro en Cuba dista considerablemente de ser la misma que la del blanco, a pesar de que la mayoría de la población es negra y mulata. Téngase presente en primer lugar, que dada la existencia de prejuicios raciales en los Estados Unidos y otros países, relativamente pocos negros han emigrado de Cuba. Así, hoy, cuando se permite la circulación del dólar y todo se compra con dólares, son escasos los negros que tienen parientes y amigos en el extranjero que les envíen dinero y medicinas, o que los vengán a visitar con regalos de toda suerte, o que los inviten a pasarse tres meses en Miami o en Madrid. En segundo lugar, si bien el proceso de integración social del negro ha aumentado a lo largo del período, éste aún está lejos de haberse cumplido totalmente.¹⁶ Basta ver la película *Fresa y chocolate* (1993), celebrada por su crítica a la intolerancia sexual y cultural, para comprobar que en Cuba el prejuicio racial no ha sido erradicado.

Aunque no hay estadísticas al respecto y no es posible cuantificar el prejuicio racial existente, los juicios que siguen son producto de una encuesta personal que, si bien no reclama un valor científico, ha contribuido a que me forme una opinión de la situación del negro en

¹⁵ Manuel Granados, *Adire y el tiempo roto*. La Habana: Casa de las Américas, 1967. Las mejores letras cubanas siempre han mirado al negro positivamente. Julia Cuervo Hewitt, en su libro *Aché, presencia africana: tradiciones yoruba-lucumí en la narrativa cubana* (New York: Peter Lang, 1988), menciona a los siguientes narradores: Dora Alonso, Emilio Ballagas, Miguel Barnet, Antonio Benítez Rojo, Guillermo Cabrera Infante, Lydia Cabrera, Alejo Carpentier, Gerardo del Valle, Ramón Guirao, Rómulo Lachatañeré, César Leante, José Lezama Lima, Carlos Montenegro, Martín Morúa Delgado, Lino Novás Calvo, José Antonio Ramos, Luis M. Sáez, Severo Sarduy, Pablo de Torriente Brau, Mirta Yáñez. Entre los poetas, aparecen: Reinaldo Arenas, Vicente Gómez Kemp, Nicolás Guillén, Ramón Guirao, Nancy Morejón, Pedro Pérez Sarduy, Felipe Pichardo Moya, José Manuel Poveda, José Zacarías Tallet. Entre los ensayistas, figuran en primer término Lydia Cabrera y Fernando Ortiz.

¹⁶ Ver Marianne Masferrer y Carmelo Mesa-Lago, "The Gradual Integration of the Black in Cuba: Under the Colony, the Republic, and the Revolution", *Slavery and Race Relations in Latin America*, ed. Robert B. Toplin. Westport, CT: Greenwood Press, 1974.

la Cuba de los años noventa.¹⁷ Mis informantes han sido cubanos que han viajado a los Estados Unidos en calidad de visitantes, algunos de ellos familiares y amigos que me ofrecen toda confianza. Dichas personas, blancas en la mayoría de los casos, piensan que en la economía del turismo, ahora en auge, los trabajos de mayor contacto con el turista, que son los más susceptibles de recibir propinas en dólares, son distribuidos mayormente entre blancos y blancas, más aún, entre abogados, historiadores, economistas y aun ingenieros. En lo que toca a la ola de prostitución que la mala situación económica ha desatado, la mujer mejor pagada no sólo es la blanca o la "casi blanca", sino la mujer profesional, la mujer culta, la que puede hablar de Mozart, de Proust y del arte abstracto. Bien, lo que sigue tampoco está apoyado por estadísticas, aunque sí por mi memoria: hace cincuenta años el precio del placer sexual en el burdel más caro de La Habana, la casa de Marina, era de cinco dólares, y las prostitutas que allí trabajaban eran blancas y más o menos rubias; sin embargo, en los burdeles más baratos de los barrios bajos el precio era de cincuenta centavos, es decir diez veces menos, y allí la mujer era casi invariablemente negra. Esto es, una situación semejante a la que ocurre ahora. Así, a lo largo de toda la cadena ocupacional, desde las posiciones políticas más altas hasta la prostitución, el negro y la negra, que constituyen la mayoría demográfica, ocupan las posiciones más bajas.

Finalmente, quiero llamar la atención de que en Cuba la esfera de poder por lo general no se refiere directamente a los negros; allí todos son cubanos supuestamente iguales. También quiero llamar la atención de algo que realmente me inquieta: no conozco de algún grupo o asociación en el exilio, de amigos del diálogo o enemigos del diálogo, de amigos o enemigos del embargo, de defensores y defensoras de los derechos humanos, que se hayan dirigido a la población de Cuba en tanto población mayoritariamente negra y mulata, ni que le hayan asegurado a ésta seriamente, con la insistencia y la especificidad que la cuestión se merece, que en la Cuba del futuro dichas organizaciones serán las primeras en trabajar por una sociedad

¹⁷ He pensado que aunque estas opiniones podrían ser leídas como arbitrarias —ya que no son producto de un riguroso estudio estadístico—, es siempre preferible abrirse uno a los riesgos del debate que callar, sobre todo tratándose de una situación lamentable de discriminación y violencia racial de la cual Cuba parece no poder salir.

donde negros y blancos tengan las mismas oportunidades laborales y sociales.

Termino con una cita de *Adire y el tiempo roto*, que habla del orgullo cultural del negro cubano: “En cuatro siglos, sólo ha cambiado mi nombre [...] Me llamo Juan José, Juan de Dios, Juan Pérez [...] tengo dominio absoluto de la noche. Soy rey de Oyó, de los lucumíes, de los arará, de los bantús. Rey de África, de Cuba, Rey del Mundo —dijo delirantemente; bajando la cabeza movió el cuerpo con lujuria y se acarició el falo”.¹⁸

¹⁸ *op. cit.*, pp. 233, 234.